

Y en torno los amores  
Del dulce nido vuelan.  
A la temprana llama,  
Que el orbe sonrosea,  
Amor en las campañas  
Triunfando se presenta.  
¿A qué pastor no hieren  
Sus vencedoras flechas,  
O qué zagala hermosa  
Su imperio no sujeta?  
Al yugo apetecido  
Se rinden y lo besan,  
Y al blando cautiverio  
Con júbilo se entregan.  
Mas víctimas vulgares  
Hoy el amor no acepta;  
Que en nobles corazones  
Prender su fuego intenta.  
Tú, del tartesio campo  
Delicia y gloria excelsa,  
Ardelio, a ti dirige  
Su más ardiente flecha.  
No de su aguda punta  
La blanda herida temas;  
Que del cielo, que adoras,  
La disparó su diestra;  
Del rostro de Amarillis,  
Que acordes hermosean  
De rosas Accidalia,  
Y Cintia de azucenas.  
Arde de amor; que amada  
De ti la virgen bella,  
Del fuego que te abraza  
Será su pecho hoguera.  
Gozad, jóvenes tiernos,  
Gozad la edad risueña;  
Ya amor correspondido  
Os teje la cadena.  
La antorcha de himenéo  
Ya brilla placentera;  
Ya el suspirado instante  
De ser felices llega.  
Y tú, del cielo hija,  
Alma virtud, desciendas;  
Que no hay sin ti placeres  
Que efímeros no sean.  
Las flores juveniles,  
Edad sañuda, siegas;  
Y en alas, la hermosura,  
Del crudo tiempo vuela;  
Mas el celeste lazo  
Que la virtud estrecha,  
Siempre de nuevas rosas  
Coronará ella misma.  
Hoy al placer os llama  
La dulce primavera.  
Del céfiro vencido  
El Aquilon se ausenta.  
Fecundidad sonrie,  
Y complacida espera  
El misterioso lecho  
Colmar de prole bella.  
Vivid, y amor constante  
Del Bétis la ribera  
En los futuros días  
Con vuestro ejemplo aprenda.

2.

Y ¿qué á la tierna esposa,  
Amor, qué le prometes?  
¿Darásle de tu aljaba  
La flecha más ardiente  
O el arco victorioso  
Que el mismo Jove teme  
O el hechizado mirto  
Que en tus jardines crece?  
«No; ¿qué Amarillis bella  
Arpon ni hechizos quiere,  
Si en sus divinos ojos  
Más cierto encanto tiene?  
Daréla, sí, á sus días

Felicidad perenne,  
Y contará dichosa  
Por horas los placeres.  
No, cual suelo, mudable,  
Mas grato y firme siempre,  
El pecho de su Ardelio  
Será mi eterno albergue.  
Y en fin, porque á su dicha  
Ninguna dicha llegue,  
Haré que el himenéo  
La venda me renueve.»

3.

Oye, Amarili, el canto  
De amor correspondido,  
Con que celebra Ardelio  
Su gloria y tus hechizos.  
«De tus ojos, mi amada,  
Más dulce me es el brillo  
Que á los sedientos valles  
El matinal rocío.  
Es tu sonrisa el alba,  
Que alegra los egidos,  
Y de tu frente nace  
El sol de Abril florido.  
Envidian tus colores  
La rosa y el armiño,  
Y el aura de tu aliento  
El ámbar exquisito.  
Mas ¡ay! las lindas gracias  
Que en tu beldad admiro,  
De otras gracias reciben  
Su blando poderío.  
Dulzura no alterada,  
Pudor sin artificio,  
Bondad y fe que tienen  
Tu corazón por nido,  
Labraron la cadena  
Que amor para mí hizo,  
Y que jamas, hermosa,  
La deshará el olvido.  
Primero por las sierras  
Huirán del mar los rios,  
Y el sol volverá á oriente  
El lúcido camino;  
Será del campo gozo  
Primero el hielo esquivo,  
Y odiado el dulce pasto  
Del tierno corderillo,  
Que amor de mi existencia  
No tenga el señorío,  
Y tú, mi bien, no seas  
La vida por quien vivo.  
¿Qué valen los tesoros,  
Del necio regocijo,  
Ni so dorados techos  
El miedo y el fastidio?  
Amor, virtud, belleza  
Será el tesoro mio;  
Hé aquí, benigno cielo,  
Los dones que te pido.  
Ven tú, adorada esposa,  
A ser mi dulce hechizo.  
Ilustre tu hermosura  
Mi venturoso aprisco.  
Ven; que Mayo te ofrece  
Sus rosas y sus mirtos,  
Y las risueñas fuentes  
Su espejo cristalino.  
Ven; colma de un ama te  
El voto enardecido,  
Y el pecho, que ha llegado  
Consuele amor benigno.»  
Así con tierno acento,  
Que inspira el dios de Gnido,  
De la esperanza exhala  
El plácido suspiro.  
La dulce voz recogen  
Los céfiros festivos,  
Y de la amante esposa  
La llevan al oído.

4.

Vén, dios de los placeres;  
Tu pura antorcha arda;  
Vén, de cándidos lirios  
La frente coronada.  
Vén; ya el amor te espera;  
Ya las festivas Gracias  
Las rosas de Citera  
Vertieron sobre el ara.  
El céfiro apacible  
Agita ya sus alas,  
Y esparce sobre el lecho  
Del Mayo las fragancias.  
Vén; que tu luz espera,  
Mas linda que Accidalia,  
La esposa embellecida  
De amores y de gracias.  
Ternura, que la enciende,  
Pudor, que la recata,  
Del amoroso Ardelio  
Las atrevidas ansias;  
Y la ilusión hermosa,  
En realidad trocada,  
Ilustrará benigna  
Tu misteriosa hacha.  
Desciende; el trono deja,  
Do vencedor preparas  
Placer á la ternura  
Y premio á la constancia.  
Que la voz festiva  
Que llena la montaña,  
Y del tartesio rio  
Las húmidas moradas;  
Vén, himenéo, vuela;  
Amor te da sus alas,  
Y su brillante velo  
Las sombras y Diana.  
Vén, y al candor primero  
Verá envidiosa el alba  
De Ardelio y Amarillis  
La union afortunada.

XXXVII.

## EL DESENGAÑO.

Oyó, Elisa, mis votos  
El cielo, y ya clemente  
Al agitado pecho  
La dulce paz le vuelve.  
¿Qué pena podrá ahora  
El alma entristecerme,  
Si la funesta flecha  
Ya del amor no siente?  
El áspero destierro  
Del siempre amado Bétis,  
La proscripción injusta,  
Del hado los vaivenes;  
La ausencia de los mios,  
Que el corazón me hiera,  
Y de enemigos fieros  
Los odios y las redes;  
Dulzura para Anfriso  
Serán y gozo alegre,  
Como tus lazos, fiera,  
Escarmentado deje.  
Ya fugitivo surque  
Los golfos del oriente,  
Adonde el euro apenas  
Las quietas ondas mueve;  
Ya el piélago del norte  
Intrepido navegue,  
Donde entre heladas nubes  
El mustio sol fallece;  
No ya de ajeno arbitrio  
Dependerá mi suerte,  
Ni de un tirano dueño  
Mis males y mis bienes.  
Para gozar del mundo

Los rápidos placeres,  
No esperaré que Elisa  
Los goce ó los apruebe;  
Y si mi vida aflige  
La adversidad perenne,  
No buscaré en su pecho  
Consuelos que atormenten  
Soy libre ya, soy mio:  
Amor su imperio pierde:  
De la ilusión mentida  
Rompí la venda aleve.  
Gracias te doy, Elisa,  
Que falsa é insolente  
Mi pernicioso herida  
Sanaste para siempre.  
No más amor: la vida  
Asaz de males tiene,  
Sin que el falaz prestigio  
Los doble ó los aumente.

## EPIGRAMAS.

I.

## A VÉNUS.

Deja, oh madre del amor,  
Las bellas selvas de Gnido:  
Vén á mi jardín, te pido,  
Con el niño flecnador.  
Venga el no agreste pudor,  
Que flores temblando pisa,  
Las Gracias, la blanda risa;  
Y en tan delicioso alarde,  
Si ha de ser feliz la tarde,  
Vénus, que no falte Elisa.

II.

## EL DESPEDIDO.

(Traducción del francés.)

Me amaba ayer *con furor*,  
Segun dijo, mi querida,  
Y hoy en carta muy cumplida  
Se despide de mi amor.  
Venid, feliz sucesor,  
Estos efectos tomad,  
La copia de su beldad,  
Sus billetes más de ciento,  
Su pelo y su juramento  
De eterna fidelidad.

III.

## LA FÁCIL.

(Traducción del francés.)

¿Al primer asalto mía?  
Por Dios, que esto va, señora,  
Más pronto que yo quería;  
Si ha de durar más de un día,  
Resistid siquiera una hora.

IV.

## BELDAD PERFECTA.

Un retrato formó el cielo  
De belleza celestial:  
Carmin, nácar y cristal  
Dieron color al modelo:  
Su risa fué la que al suelo  
Derrama el alba graciosa;

Talle y mirar de una diosa;  
Y añadió á tanta hermosura  
Un alma modesta y pura,  
Y le dió por nombre *Rosa*.

## V.

## LA TARDE.

Ya el rayo declina, ya Febo el último otero  
Con lumbre plácida desde el ocaso dora.  
Céfiro, dejando alegre la apacible floresta,  
Árbitro del Mayo, por la pradera rie.  
Al laurel agita, al árbol sacro á Minerva,  
Y á tí, del margen verde corona, tilo.  
Las claras ondas su hermosa copa retratan,  
Y nuevo encanto da, retratada, al río.  
Mas Céfiro, el margen, los troncos, verde pradera  
Y pura linfa, que entre la grama huye,  
Todo lo vence Filis; que amante, al són de mi avena,  
A mis rediles su manadilla guía.

## VI.

## Á FÍLIS.

Filis, tus adoradores  
Burlas alegre y festiva,  
Cual la ninfa fugitiva  
Que juega con los amores.  
Jóven beldad, los ardores  
Que inspiras aún no has sentido;  
Mas cuando prenda Cupido  
En tu corazón su fuego,  
Verás cuán serio es el juego  
Que empieza con un gemido.

## VII.

## AL AMOR.

(Traducción del italiano.)

¿Por qué no tienes ojos, dulce niño  
Más bello que los dioses, más hermosos?  
Responde amor: « Los cielos  
Me los dieron vivaces y graciosos,  
Y á mis hijos los di, que son los celos. »

## VIII.

## AL AMOR.

Tal vez, amor, bajo el sagrado velo  
De la amistad encubres tu furor:  
El corazón se entrega sin recelo,  
Y en él clavás la flecha á tu sabor.  
Tirano dios, cuya perfidia lloro,  
El infortunio me enseñó á temer;  
Mas ¡ay de mí! si mi peligro adoro,  
¿Qué vale, amor, tu astucia conocer?

## IX.

Lazo de blandas flores  
Me tejó el amor:  
Yo recibí inocente  
La suave prision;  
Mas al romperlas,  
¡Ay de mí! que las flores  
Ya eran cadenas.

## X.

Ruiseñor amoroso,  
Vuela y no temas,  
Vuela y no te acobarden

Balas ni flechas.  
Dame tus alas;  
Verás si á mí me asustan  
Flechas ni balas.

## XI.

Amante pecho mío,  
Ya llegó el tiempo  
De olvidar que pudiste  
Romper tus hierros;  
Que amor decreta  
A esclavo fugitivo  
Doble cadena.

## XII.

Tú del bien de mi vida  
El seno adornas,  
¡Oh rosa! donde muero,  
Mueres dichosa;  
Que de este cielo  
Te consume la envidia,  
Y á mí el deseo.

## XIII.

Me agraviaste y pretendes  
Que yo me rinda;  
Tú que el puñal clavaste,  
Sana la herida.  
Que es caso fuerte  
Querer que un ofendido  
Quejoso ruegue.

## XIV.

Amoroso suspiro,  
Vuela á mi bella;  
Vuela tan silencioso,  
Que no te sienta;  
Y si te sienta,  
Dile que eres suspiro,  
No de quién eres.

## XV.

Tiende, noche benigna,  
Tu oscuro velo;  
Que me importa la vida  
Ver á mi cielo;  
Y amor me dice  
Que tu sombra y su venda  
Me harán felice.

## XVI.

Nunca esperes, ingrata,  
Paces conmigo;  
Desengañado amante  
No es buen amigo;  
Que aunque más nobles,  
La amistad también tiene  
Sus ilusiones.

## XVII.

No te contentes, Fabio,  
Con ser querido;  
Camina á la victoria,  
Pues ya hay camino.  
Muchos se pierden  
Por dormirse á la sombra  
De sus laureles.

## XVIII.

Jamas, Filis hermosa,  
Seré tu dueño;  
Mas si tú lo eres mío,  
Vivo contento;  
Que en nobles almas,  
El merecer la dicha  
Casi es gozarla.

## XIX.

Yo desdeñé, celoso,  
Su tierno halago,  
Y ella los dulces ojos  
Volvió llorando;  
Y juez los celos,  
Ella fué la inocente,  
Yo fui el reo.

## XX.

Vén, hermosa serrana,  
Vén á mi selva;  
Que el sol por esos campos  
Tu rostro quema;  
Vén y no tardes;  
Que aquí hay fuentes y sombras  
Y amor y amante.

## XXI.

Si me niegan la dicha  
De poseerte,  
La gloria de adorarte,  
Mi bien, no pueden.  
Y no la diera  
Ni aún por la misma dicha  
Que se me niega.

## XXII.

Borrar del pecho quise,  
Fiera, tu imagen,  
Y ya casi me alegro  
De no olvidarte;  
Que es tu recuerdo  
El más seguro aviso  
Del escarmiento.

## XXIII.

Deja siempre una parte  
Libre del pecho,  
Y no, Filis incauta,  
Lo des entero.  
Ten un asilo,  
Donde, si amor te ofende,  
Puedas huirlo.

## XXIV.

Un desden agradable,  
Filis, no daña,  
Cuando de ser vencido  
Deja esperanza;  
Y es el más sabio,  
El que al amor aviva  
Sin injuriarlo.

## XXV.

Sufriste mis desdenes  
Tierno y constante,  
Y á olvidarme aprendiste,

III, Ps.-XVIII.

## PIEZAS ESCOGIDAS DE LOS POETAS RUSOS,

TRADUCIDAS AL INGLÉS

POR EL SEÑOR JUAN BOWRING (1).

(Traducción del inglés. — Varios fragmentos.)

Venid, flores de Céfiro, de los campos  
Que azota el Bóreas con perpétua nieve,  
A exhalar vuestro aroma bajo el cielo  
De Albión, más benigno. Si guirnaldas  
Tejé á la luz de la polar estrella,  
Que os vio nacer, más atrevido ahora  
A trasplantaros voy do el ámbar puro  
Aun conserveis y el colorido hermoso.  
En tu templo feliz, britana musa,  
Penden nobles coronas consagradas  
Por el genio y el tiempo; ¡cuántos vates,  
Cuyo acento aún resuena entre sus tumbas,  
Tu antiguo altar con himnos celebraron!  
A nombres tan augustos, nuevos nombres  
No osaré yo enlazar; mas si al Parnaso  
Añado humilde don, grato, aunque humilde,  
Mi esperanza premié, llené mis vatos.

¡Oh tú, eterna unidad, cuya presencia  
Llena el espacio, el movimiento rige,  
Brilla inmutable sobre el raudo vuelo  
Del tiempo asolador! ¡Dios sin segundo,  
Sér sobre todo sér, único y trino!  
Incomprensible, inexplorable, agotas  
Contigo sólo la existencia entera.  
Tú abrazas, tú diriges, tú mantienes  
El universo. ¡Oh sér á quien el hombre  
Dios apellida, y lo demás ignora!  
Podrá osada medir la humana mente  
Del Océano los profundos senos,  
Sus arenas contar, contar los rayos  
Que se exhalan del sol; mas no hay medida,  
No hay peso para tí. ¡Quién romper pudo  
El velo en que ocultaste tus arcanos?  
La centella más pura, más brillante  
De la razón humana, aunque se encienda  
En tu sagrada luz, vencer no puede  
La inmensa oscuridad de tus decretos.  
Piérdese en ella el pensamiento altivo,  
Como el instante que pasó se pierde  
En la insondable eternidad. Tú fuiste  
Quien á la primer nada llamó caos,  
Y existencia despues. En tí principio  
Tuvo la eternidad; único origen  
Eres tú de la luz y la armonía;  
Toda beldad, toda existencia es tuya;  
Tu palabra es creadora; el universo  
Lleno está de los rayos de tu lumbre;  
Tú eres, fuiste y serás glorioso, grande,  
Dador del sér, sostenedor del mundo.  
Rodeaste el universo no medido  
Con tu cadena augusta, y le inspiraste  
El soberano aliento; tú reuniste  
El principio y el fin, sabio enlazando  
La dulce vida á la forzosa muerte.  
Cual de la ardiente llama se desprenden  
Centellas voladoras, de tu seno  
Los soles y los mundos se exhalan;  
Y cual bullendo entre la luz febéa,  
Mil átomos fugaces de oro brillan  
Al rededor de la argentada nieve;  
Así la huete alada de los cielos  
Resplandece cantando tu alabanza.  
¡Cuántas antorchas que encendió tu mano,

(1) Esta composición y las siguientes no han sido incluidas en ninguna edición de las *Poesías de LISTA*. (Nota del Colector.)

Vagan infatigables por la esfera,  
Obedecen tu voz, muestran tu gloria  
Con beldad elocuente y giro activo!  
¿Qué sois, brillantes astros? ¿Sois columnas  
De lúcido cristal, raudales de oro,  
Lámparas de éter puro, u otros soles  
Que mil y mil sistemas iluminan?  
¿Y qué son para ti? Lóbrega noche  
Comparada al fulgor del mediodía;  
Méno que gota para el mar inmenso.  
Y yo, mortal, ¿qué soy? — Mil y mil mundos,  
La innumerable hueste del empero  
Aumentada á miríadas, brillando  
Con cuanta gloria el pensamiento alcanza,  
¿Qué son en tu presencia? Solamente  
Un átomo insensible; y yo, la nada.  
Nada soy; mas tu lumbré bienhechora,  
Traspassando los orbes, á mi pecho  
Llegó también; tu espíritu divino  
En mi espíritu brilla, como el rayo  
Puro del sol en la delgada bruma.  
Nada soy, mas yo vivo, y á ti anhelo  
En alas del deseo; por ti animo,  
Aliento y crezco, y en tu amor confío,  
Y aspiró hasta tu solio soberano.  
Y pues yo existo, ¡oh Dios! sin duda existes.  
Moderador del orbe, tú dirige  
Mi pensamiento á ti; tú lo reitena,  
Y de mi errante corazón sé guía.  
Atomo hundido en el inmenso mundo,  
Yo soy algo, Señor, pues tú me hiciste.  
Entre el cielo y la tierra colocado,  
Ultimo ya de los mortales seres,  
Estoy cercano á la mansion dichosa,  
Cuna del ángel, y en el linde mismo  
Do empieza del espíritu la patria.  
Yo completo la escala de los seres;  
De la materia el último celaje  
Se pierde en mí, y á mí se sigue luego  
El espíritu puro. — ¡Yo soy polvo,  
Y mandar puedo al rayo; yo monarca  
Y esclavo, insecto y Dios! — ¿Cuál fué mi origen?  
¿Cómo existió esta máquina admirable,  
Tan misteriosamente concebida,  
Tan portentosamente organizada?  
Nada sé; sólo sé que un poder sumo  
Dió al embrión humano sér y vida,  
Que él de sí mismo recibir no pudo.  
¡Oh palabra creadora, fuente eterna  
De la vida y del bien, alma del alma!  
¡Oh Dios de mi salud! Tu amor, tu lumbré  
En su brillante plenitud mi pecho  
De un inmortal espíritu llenaron.  
El vencerá los reinos de la muerte,  
El ceñirá las nobles vestiduras  
De sacra eternidad; y levantando  
Sobre la tierra vil sus santas alas,  
Volará á ti, su autor, su inmensa fuente.  
¡Oh esperanza inefable! Si no dignos  
Son de tí los humanos pensamientos,  
Tu imágen, que en los ánimos grabaste,  
Te pague el homenaje de alabanza.  
Sólo así, oh eternal sabiduría,  
Oh infinita bondad, sólo así puede  
Mi humilde pensamiento á tí elevarse.  
Admiro el universo, noble hechura  
De tu diestra; tus leyes obedezco;  
Adoro tu grandeza, y cuando voces  
Ya faltan á mis labios, habla el alma,  
De gratitud las lágrimas vertiendo.

## GEÓRGICAS PORTUGUESAS

DE LUIS DA SILVA MOZINHO DE ALBUQUERQUE.

(Traducción del portugués. Varios fragmentos.)

Driadas tiernas, que del nuevo tronco,  
Morada vuestra, recelais el daño,

¡Ah! protegédlo de la nieve fría.  
Inspirad al cultor que le dé abrigo,  
Removiendo la tierra destrozada  
Por los torrentes de copiosa lluvia.  
Tú, benigna Minerva, que adoptaste  
La sacra oliva para el bien del hombre,  
Ahuyenta del asilo donde crece,  
El roedor diente de voraz ganado.  
Haz que ciñan punzantes cambroneras  
La almáciga preciosa, y desde el cielo  
Protege del colono los afanes.

En la cima escarpada de alto monte,  
De donde nieves lanza el Bóreas frío,  
Por más grato y feliz que el suelo sea,  
Jamás se elevará la verde oliva.  
Rivales del Atlante, erguidas cumbres,  
Asperas sierras, que las nubes densas  
Tocando osadas provocais sus rayos,  
Ornad, ornad vuestra nevada frente  
Con la robusta capa de alto pino;  
Que Minerva, enemiga de aspereza,  
Dulces abrigos busca, y de sus dones  
Hace risueña delicioso alarde  
En un lugar templado, en fácil tierra,  
Que no combatan la humedad ni el viento.

Cantamos ya la ley con que la tierra  
Embebe de la atmósfera los jugos,  
Y en el húmedo gremio los conserva,  
Cual cede al suyo el vegetal naciente,  
Que en sus delgadas venas lo elabora,  
Y activo lo convierte en alimento.  
También cantamos ya de qué manera,  
La ley comun de muerte obedeciendo,  
Descompuesta la planta, de su tumba  
Hace brotar la vida de otras plantas.  
Mas no bastó que fecundase el campo  
Para otra flor el vegetal marchito;  
No bastó que á la luz de Febo expuesto,  
Fuente de vida para nuevos seres,  
Derramase en el viento de aire puro  
Benéfico raudal, y en sí guardase  
De mefíticos gases el veneno.  
Fué preciso además, Madre sublime,  
Para perfeccionar tu excelsa obra,  
Que el jugo concretado en tierna planta,  
De hojas, flores y frutos la adornase,  
Y al animal nutriendo, elaborado  
En su seno de nuevo, ya sirviese  
De grato abono al vegetal futuro,  
Ya fuese á enriquecer de los metales  
El magnífico reino inanimado.  
Así los entes todos se encadenan,  
Y de áridas ruinas brota fértil  
El germen de la vida. La materia,  
Mil veces descompuesta, y mil tornando  
A nueva forma en círculo incesante,  
La faz del universo vivifica.  
Así las ondas, que el estanque inmenso  
Llenan del Océano, transformadas  
Por el rayo solar en vapor leve,  
Y condensadas por el aire frío,  
Se precipitan sobre el alto monte;  
Y desde allí en torrentes y riberas,  
O en fuentes de cristal y arroyos mansos,  
Vuelven de nuevo al piélago nativo.

Llega la hermosa y fresca primavera;  
Reverdecen los bosques; brotan flores,  
Precursores del fruto; el sol derrite  
Las cristalinas nieves, que fundidas  
Van á aumentar los rápidos torrentes.  
El pintado amoroso pajarillo  
Entre el nuevo verdor alegre canta;  
Céfiro besa la naciente rosa,  
Y convida á los sátiros saltantes  
Y al fauno osado á perseguir las ninfas  
Que por las selvas huyen. Vén, oh Nise,  
Juntos vaguemos por el fértil campo;  
Las nuevas flores que en las ramas cuelgan,  
Nos tejerán guirnaldas olorosas.

Vén, que el cándido lirio, el verde mirto  
Y la fragante pudibunda rosa  
Tus sienas orlarán. Venid, placeres,  
De Flora bella fieles compañeros;  
Venid, risas; venid, juegos suaves,  
Que ya Venus las cándidas palomas  
Con el cendal purpúreo dirigiendo,  
Desciende leda en su dorado carro.  
En pos las bellas Gracias, desatando  
Al viento jugueteo las trenzas de oro  
Sobre los cuellos de alabastro, tejen  
Danzas festivas, que en alegres giros  
Remedan bulliciosos los amores.  
Dulce placer halaga las tareas  
Del feliz labrador, y de continuo  
Canciones amorosas vuelve el eco.

Ya do encorva Canero ingentes (1) brazos,  
Llega al astro del día en la elevada  
Porción del cielo; el encendido estío  
Sucede á la templada primavera.  
Ya el estambre al pistilo fecundado  
Deja el fruto formar, y cae en tierra  
Con la corola de matiz diverso;  
Mas, cerrado el ramaje de los troncos,  
De Febo opone al rayo enardecido  
Verde muralla, que romper no osa.  
En muelles lechos de amarillo junco,  
Al margen del torrente, ya mezquino,  
La Naide, de espadaña coronada,  
Sobre la exhausta urna se adormece.  
Sale del matorral triste lagarto  
O escamosa serpiente, el dardo fiero  
Vibrando al sol. Sobre los techos pía  
De Progne el hijo, y Filomela infausta  
Concluye el canto que halagó las selvas.  
Ya el color de esmeralda cede al de oro,  
Ya la cargada espiga se estremece,  
Herida de los aires. ¡Oh momentos  
De placer para el campo!

Más al fin siente el buey, perpétuo esclavo,  
De la cruel vejez la cercanía;  
Dichoso si, cansado de las penas  
De una vida afanosa, en el reposo  
Esperando del tiempo el tardo hierro,  
Terminase la edad sus tristes días;  
Pero esclavo del hombre mientras vive,  
Más allá del morir le es provechoso.  
No bien completó el sol los doce giros,  
Su suerte muda; súbito comienza  
Trato dulce y falaz, cierto presagio  
Del destinado golpe postrimero.  
Es conducido á prados abundosos;  
No oprime ya su cuello el fuerte yugo;  
Los grandes succulentos, las raíces  
Que más aprecia, la batata blanda,  
Con la sal, que despierta el apetito,  
Allí se le prodiga; mas en breve,  
Herido el triste de imprevisto golpe,  
Cae en tierra á las manos de aquel mismo  
Por cuyo bien vivió.

## ODAS.

## I.

## Á LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Sobre una peña fría reclinado  
El miserable cuerpo, en llanto acerbo  
Baña el suelo aterido  
El triste Padre del linaje humano,

(1) Esta voz es poética é imitativa. No sé por qué ha de carecer de ella el idioma español, que tiene por lo ménos tanto derecho como el portugués á enriquecerse con el tesoro de la lengua latina.  
(Nota del Autor.)

Ya arrojado del plácido recinto,  
Do en sencilla inocencia,  
En grata paz gozó breves instantes;  
Breves, ¡ah! que pudieron ser eternos.  
Gime y suspira, y el helado viento,  
Que en la cumbre vecina se enfurece,  
Encienden sus suspiros.  
Llora, y las blandas lágrimas regando  
Sus pálidas mejillas,  
A la tierra infecunda se desliza,  
Que el fruto amargo del dolor promete.  
Fijo su dolorido pensamiento  
En tí, sagrada Eden, y de tu hermosa  
Mansion afortunada  
En el perdido bien, tristes recuerdos  
De pasadas venturas  
Hieren su corazón, y al cielo airado  
Los ojos vuelve, renovando el llanto.  
Contempla de su altiva inobediencia  
El fruto venenoso, y al delito  
Y á la implacable muerte  
El mísero linaje abandonado;  
Considera el vil triunfo de la envidia,  
Y con candado eterno  
La puerta celestial negada al hombre.  
En tanto un esplendor, que el aire enciende  
En brillante luz, hiere sus ojos,  
Y suspende el sollozo dolorido;  
Turbado mira la elevada esfera  
Abrirse luminosa,  
Y lanzar de su seno ardiente globo  
De fuego rutilante.  
Desciende, y á la tierra tenebrosa  
En mil bellos colores ilumina;  
Y el denegrido manto  
Con que ciñó su faz lóbrega y triste  
La oscura noche, ardiendo en viva llama,  
Se disipa abrasado,  
Y baña al mundo en célica alegría.  
Sus lumbres peregrinas animaba  
Espíritu celeste,  
Que al viento esparce en blando movimiento  
Fulgur sereno del divino rostro;  
Llega á Adán, y del tiempo venidero  
La dichosa esperanza  
Así le anuncia en elevado acento:  
« Deja el amargo llanto,  
Oh lastimado Adán; la piedra suma  
El mísero destino de tus hijos  
Compasiva miró. Ya el bien prepara  
A la afligida gente,  
Y el solio de la culpa en vil ruína  
Envolverá su poderosa mano.  
El Hijo, el Hijo amado, de su lumbré  
Eterno resplandor, víctima digna  
Se ofrecerá, expiando tu delito.  
Cual corderillo mudo,  
Que sin balar camina al sacrificio,  
Le verá el mundo, con el peso enorme  
De las humanas culpas agobiado,  
Llegar al ara é inmolarse en ella.  
Preparad al Señor los corazones,  
Generacion feliz; la estéril tierra  
Hará fecunda el celestial rocío.  
El curso perezoso,  
Oh tiempos, abreviad, y del Excelso  
Llegue el glorioso día,  
Y en él la dicha al afanado mundo.  
¿Qué refulgente aurora se levanta  
Del desierto horroroso,  
Y en luz benigna la campaña dora?  
Yo miro el sol, que de su puro seno  
Nace resplandeciente,  
La paz y la salud dando á la tierra.  
Vén, clara aurora, vén; la primavera  
Prepara ya de sus hermosas flores  
El aroma oloroso á tu venida.  
¡Oh Adán! no en su semblante  
Cándido y puro, de tu vil delito  
Cayó la negra mancha contagiosa.  
Cual virgen azucena  
En la floresta esparce sus olores,